

# El color verdadero de lo no azul

Marina Azahua

DURANTE EL VERANO AQUÍ LLUEVE como si la historia buscara clamar venganza por todo lo que ha salido mal en su pasado. Es un manar despiadado que persiste por horas, un brotar que empapa en segundos, del tipo que destruye paraguas sin pizca de misericordia; es inevitable, imparable, esta lluvia de la ciudad ombligo. Por días parece como si el lago, los lagos, que alguna vez habitaran tan cómodamente este valle, reclamaran con éxito su lugar propio. De pronto las calles se vuelven ríos, y los parques se convierten en albercas, y los autos son ya patos oscilantes vaciados de pasajeros, y las casas se llenan de agua, y sus paredes presienten las marcas horizontales que en el futuro recordarán el paso de la inundación. Entonces, la lluvia se detiene. Pero sólo por un rato. Sólo para dejarnos sobrevivir. No dura tanto como para matarnos. Sólo lo suficiente para ser tortura, no tanto como para volverse muerte. Entonces regresa ese llover, y quizás granice y las calles se conviertan en papel, y los libros se vuelvan pulpa, y los motores de los automóviles sean ahora resbaladillas de balneario, y los escusados se vuelvan monstruos vomitadores de agua. Esta es nuestra lluvia de alta montaña. Y la amamos un poco en medio del odio.

Sí, somos masoquistas. ¿Cómo podríamos no serlo? ¿Acaso no continuamos viviendo aquí? Es exactamente por estos diminutos y adorables sufrimientos que continuamos aquí. Existe un innegable atisbo de emoción oculta en el preguntarse si acaso uno logrará volver a casa, o si terminará secuestrado por el agua. La imprevisibilidad es el origen del asombro. La emoción de vivir inmersos en lo surreal nos recuerda —no como observadores, sino como sus participantes más encariñados— que aquí nada se puede dar por sentado. Se trata del producto de cuatrocientos años de necios intentos por domesticar esas taciturnas expansiones de agua original y del éxito subsecuente pero antiestético de haber dominado al paisaje al encarcelar el agua de la manera más patética posible: entubando ríos, convirtiendo el agua en drenaje y a los lagos en páramos polvosos. Pero la naturaleza toma venganza. Y cuando el agua regresa, queriendo reclamar lo que es suyo, se aloja donde puede; no tiene a dónde más ir más que a donde le corresponde. Y por eso se queda. ¿Quién la puede culpar? No queda tierra que la absorba, no existen cultivos que la beban ni esponjas que la ayuden a encontrar su sitio. Así que el agua se queda. Deambula como visitante incómodo por algunos días, pareciera que con la intención de complicarnos un poco más la vida.

Uno podría imaginar a la ciudad de México inundada de azul, pero jamás será así. Aquel que por inocencia considere al agua una entidad azul, no ha fijado la vista por tiempo suficiente en un vaso de ésta. O no ha vivido una inundación. En el primer caso se trata de transparencia, no azul; en el segundo caso, oscuridad. Porque el agua de las inundaciones está destinada a englobar un exceso de colores: aquellos de todas las cosas contra las que arremete. No puede considerarse de color alguno. Se trataría más bien del pigmento de la unión de todos los colores posibles.

La hemos hecho inútil. A causa de nuestro abandono, al agua le resulta ahora imposible producir frutos, encontrar su cauce. Está perdida por nuestra culpa. Bien, dice ella, entonces yo haré que les resulte a ustedes imposible llegar a sus casas a tiempo para cenar. Y se queda, oscura como la violenta noche de esta ciudad monstruo. Insiste en alojarse donde alguna vez vivió, donde alguna vez cubrió tanta rareza urbana antes de que hubiera concreto y pavimento, antes de que se quedara domesticada. Pero el concreto sí vino, y el pavimento sí cubrió. Y triste, lentamente, el lago se convirtió en lodo gelatinoso, y los antes canales son ahora caminos blandos. Una vez que todo estuvo cubierto, y terminamos cómodamente situados sobre una *crème-brulé* gigante —aquí, en lugar de que una fina capa de azúcar nos proteja de la natilla subterránea, lo hace una delgada capa de asfalto—, entonces los edificios se comenzaron a hundir.

Conforme los edificios más pesados se sumieron, los más ligeros se elevaron. Así funciona la compensación del miasma que se pierde por debajo y se resitúa como ganancia en otro sitio: la topografía se volvió un proceso continuo de cambio y resistencia. Aquí nada es para siempre, todo es cuarteadura en potencia. Mutan casi todas las cosas, y por eso carece de sentido acostumbrarse a ellas. En concordancia con el cambio, la pulpa gelatinosa que yacía bajo nuestras calles eventualmente se secó, y tras décadas de aridez crónica quedó una breve capa, esa costra quebradiza de concreto endeble. Y cuando llueve, se rompe; como la capa de azúcar de la *crème-brulé* cediendo ante la gula de la cuchara plateada. Pero el relleno, aquí, está lejos de ser dulce y suave. Al contrario, resulta una textura cavernosa y repulsiva.

La consecuencia inmediata del resquebrajamiento de nuestra superficie es que, en cuanto llegan las lluvias, aparecen sobre el pavimento de la urbe agujeros de enormidad creciente. Cavidades de metros de diámetro y fondo aparecen de la nada, engullen árboles, autos,

borrachos curiosos. Ya no nos hundimos; desaparecemos. Caemos, cada vez más, en las grietas que nosotros mismos hemos creado. Ahora entiendo lo que somos verdaderamente: no sólo la costra de una ciudad flotante sin tierra debajo, más bien somos una acumulación de aire pútrido donde antes hubo agua. Comienzo a creer que tal vez nada nunca ha existido bajo nuestros pies. Tal vez estamos destinados a flotar: antes sobre agua, ahora sobre un turbio vacío.

Una de estas hendiduras ominosas apareció un día, casi inocente —después de una fuerte lluvia, por supuesto— afuera de la casa de un amigo. Preocupados porque esta pequeña rajadura en el pavimento se intensificara, y eventualmente el vacío terminara tragándose a la cuadra entera, la familia informó a las autoridades. Con prontitud inesperada apareció un equipo de mantenimiento urbano para rellenar y repavimentar la terrosa herida. Comenzaron por pretender rellenar el hueco, pero el espacio interior de la rajadura, que pronto se abrió más, y más, y más, parecía eterno. Los trabajadores del Estado no lograban rellenar el vacío. Nadie sabía dónde terminaba toda esa arena que se vertía inútilmente. No importaba cuánta tierra entraba en el agujero, siempre parecía haber más espacio por llenar. Desistieron; terminaron por repavimentar el hoyo como pudieron, sin rellenar lo inrellenable, como si intentaran reparar el cascarón de un huevo involuntariamente roto en el supermercado. Se fueron y nunca más han vuelto. Pero el hueco en la tierra sigue apareciendo, año con año, durante la época de lluvias, convertido en un recordatorio anual del abismo que un día nos tragará por completo. Habrá que esperar al siguiente gran temblor. Ojalá, mínimo, suceda durante las lluvias, para que cuando la costra bajo nuestros pies falle, nos encontremos flotando en agua en lugar de vacío. Imagino a esa agua ennegrecida por la diversidad de su contenido. No será azul. Y sí será difícil encontrar el camino a través de ella. 